

Del Socialismo real al Autogobierno consciente

Roger Cortéz Hurtado

Presentación ejecutiva

Esta primera página del trabajo aquí concretado ha sido la penúltima en escribirse. Al precisarlo, quiero subrayar que el contenido íntegro de los argumentos aquí expuestos expresa, esencialmente, una búsqueda de explicaciones, proposiciones y puntos de vista que expresa mi militancia ciudadana y personal por la sucesión de transformaciones que vivimos en Bolivia.

El proceso constituyente en curso representa el intento más consistente de las masas bolivianas para renovar el patrón de acumulación, el Estado y la conciencia nacional. Social y políticamente, marca un renacimiento -mucho más que una refundación- y ensancha las posibilidades de saldar algunos de los peores y más inmovilizantes conflictos de nuestra vida colectiva. Tan ambiciosa perspectiva abre correlativamente las puertas a que tomemos las peores decisiones y profundicemos nuestros errores de la manera más autodestructiva. Esa apertura de oportunidades grandiosas y peligros inmensos es, a mi entender, lo que tipifica una era revolucionaria; no la violencia, cual es el supuesto más constante con que se suele asociarla.

Son estas condiciones históricas precisas las que dan pie a que podamos hablar del horizonte socialista al que podríamos encaminarnos y, que le otorgan especial congruencia a pensar y opinar sobre las características de una meta estratégica, cuyo nombre está asociado en el pasado cercano a tareas inconclusas y a frustraciones mayúsculas. Participo de lo que ocurre como un socialista laico; es decir, lo más conscientemente alejado de todo dogmatismo e idolatría ideológica, porque para mí lo más valioso que puede tener el socialismo es una insomne conciencia de la incertidumbre en la que vivimos y avanzamos.

Es por todo lo anterior que estas páginas se han escrito tratando de sobrepasar cualquier inclinación o tono predicatorio. Hay en ellas una combinación entre observación y debate sobre la experiencia universal acumulada, con análisis de lo que estamos viviendo, de una forma casi obligadamente fragmentaria, porque son muchos los temas a examinarse. El punto de partida para empezar a razonar sobre si será posible que la transición estatal boliviana pueda ser base para la edificación de un orden social que deje de estar articulado en torno a relaciones sociales capitalistas es saber que eso no ha ocurrido y no tiene visos inminentes de ocurrir. Con ello no se disminuye, ni una pizca, el contenido profundamente revolucionario del nuevo ciclo estatal que ha impuesto la lucha popular, estructurada por una alianza campesino-indígena y conducida por una dirección política que ha concentrado y canalizado la fuerza espontánea del proceso, dándole materialización y proyección estatal.

El racismo, la discriminación y el colonialismo interno se han visibilizado y han tenido que retroceder ante un nuevo tipo de Estado, conducido por un nuevo bloque social, que apuesta por nuestra soberanía frente al poder invasivo y amenazante del imperio. La construcción nacional y de un Estado más representativo y democrático busca librarnos de lacras que entorpecieron por siglos nuestras posibilidades de enfrentar la miseria y conquistar nuestro bienestar. Rige hoy un nuevo tipo de Estado capitalista, hipercomplejo, que refleja de una manera más apropiada y cercana una realidad que ya no podía ser contenida en el Estado unitario simple, neocolonial y vertical, impuesto por la última generación de la clase dominante engendrada por el nacionalismo revolucionario.

La alianza de campesinos e indígenas como núcleo central, con diversas fracciones populares urbanas, entre las que se cuentan obreros, cooperativistas, trabajadores, empresarios del transporte y de otros sectores, encabeza una transición en que las principales tareas de transformación productiva, cambio estatal e innovación intelectual y ética están comenzando. Para un proceso creado, incubado y realizado por la más poderosa irrupción social espontánea, recogiendo y agitando sus raíces indígenas, combinándolas con las experiencias y aportes de múltiples sectores populares, sin derramar sangre, ni embanderarse en el odio, lo recorrido hasta ahora es exitoso y esperanzador, a pesar de las insoslayables pugnas y contradicciones en las que se ha generado y se desarrolla.

Vivir, expandir, arraigar una sociedad post-colonial, que haya enterrado el racismo y la discriminación, en paralelo a ser cada día más una sociedad democrática de productores autosuficientes y capaces de ensanchar su producción, contribuyendo a paliar las insuficiencias planetarias de alimentos, agua, energía, y aprender a supervisar y controlar el poder de un Estado Plurinacional y autonómico, parece ser un buen inicio para convertir la sociedad y el Estado post-colonial en un nuevo orden social post-capitalista.

El socialismo existente

El socialismo moderno nació en un ambiente de gran movilización de los trabajadores europeos y bajo un formidable impulso intelectual, tratando de asimilar y representar todo el empuje de la febril actividad científica del siglo XIX y la rebeldía popular -particularmente obrera- ante la dura realidad de la fase de desarrollo ampliado del capitalismo. De la Comuna de París a la guerra de liberación de los vietnamitas, es decir, por más de un siglo, el socialismo se ha identificado con las luchas más nobles y valerosas de los pueblos, en contra de múltiples formas de opresión y explotación. Proclamó la universalización de todas ellas y trató de expresarlas en un lenguaje común. El socialismo de inspiración marxista intentó construir un código unificado, capaz de recuperar la mejor tradición de la ilustración europea, cuidándose, al mismo tiempo, de darse un espacio para criticarla, como producto del ascenso de la burguesía revolucionaria y testimonio de su rápido agotamiento. Tuvo la sagacidad, de relativizarse a sí mismo porque, según boca de sus padres, no es la meta definitiva, sino una indispensable pero pasajera etapa previa a un estadio superior, la sociedad sin clases ni Estado.

Sus dos talones de Aquiles fueron, desde su misma fundación, un inocultable eurocentrismo y, más adelante, cuando se abrió la posibilidad de experimentar sus propuestas, la reiteración de incongruencias entre teoría y práctica similares, cuando no mayores, a las que reprochó con feroz sarcasmo a la burguesía. Los socialistas justificaron esas situaciones, por décadas, como presunta obligatoria consecuencia de todos los cercos imperialistas y las guerras de resistencia burguesas que se habían alzado cada vez que un nuevo Estado se sumaba a la expansiva frontera de los que se declaraban en contra del capitalismo.

El paso del tiempo, la reiteración y petrificación de esas contradicciones, especialmente las que restringen la libertad de los ciudadanos socialistas, hacía cada vez más apremiante entenderlas y explicarlas, más allá de continuar atribuyéndolas a los enemigos y traidores.

Socialismo y ciencia

De las dos miradas socialistas que imperaron en Europa durante el siglo XIX, la marxista se impuso sobre la anarquista en la primera parte del siglo siguiente. La victoria ideológica sobre los anarquistas, cuya presencia fue difuminándose en la arena de las luchas sociales hasta casi disolverse, alimentó la idea de que existiría un socialismo que tiene de su parte a la ciencia y a la historia y, que esas credenciales lo hacen irresistible e invulnerable. La pasión con que se repitió millares y millones de veces este credo, ha tenido que jugar un destacado papel en muchas batallas donde la convicción militante, utilizada para argumentar en su favor, ha tenido que pesar favorablemente en su difusión y arraigo.

Estar combatiendo *a favor y en pro del sentido en que gira la rueda de la Historia*, ha sido la motivación de muchos actos de entrega y heroísmo, pero también un componente letal del bagaje socialista, particularmente en el tratamiento de las controversias y diferencias internas en los partidos y organizaciones socialistas. La noción de que existe un vínculo entre socialismo y ciencia ha servido demasiadas veces para que quienes se envanecieron con victorias se auto-convenzan de haber encontrado las llaves de la verdad irrefutable y con ello, no pocas veces, de su presunto derecho a desechar y liquidar a las “desviaciones” y a los “desviados”. Las purgas de “revisionistas”¹, “reformistas” y supuestos traidores han segado millones de vidas e impusieron regímenes de terror y silencio, con la justificación de que quienes ordenaban y montaban los engranajes de los enormes aparatos de censura y persecución expresaban la “verdad científica” del momento.

Los casos extremos corresponden a los países donde las fuerzas socialistas ocuparon el Estado, pero aún allí donde esto no ocurrió, como en España durante la guerra civil o en El Salvador en épocas de la guerrilla,

¹ Pienso, desde hace muchos años, lo equívoco que resulta para los marxistas utilizar el término revisionista como una tacha, puesto que, por su misma naturaleza, el marxismo es un revisionismo continuo y militante.

allá donde funcionan hoy movimientos armados que declaran perseguir la construcción del socialismo, hemos visto ejecuciones, cuando no lisos y llanos asesinatos, justificados como aplicación de una “ciencia” que se impone a quienes la desvirtúan.

La característica de intolerancia con la que se ventilan y confrontan las diferencias entre socialistas revolucionarios de todos los matices ha sido tan constante e intensa en diversos momentos históricos que contrasta muy claramente con el comportamiento de cualquier otro tipo de formaciones políticas.

Los orígenes de semejante propensión se relacionan ciertamente con la autoproclamación de ser un destacamento armado de verdades comprobables, así como con una dilatada tradición polemista extraordinariamente agresiva². Lo que en los clásicos fue una esgrima chispeante y ácida de argumentos, respaldados por amplios, sólidos y múltiples conocimientos de pensadores con una formación y capacidad renacentista, se fue transmitiendo con una tónica cada vez más decadente, para terminar convertida en intercambio de diatribas, descalificaciones e insultos. El marco organizativo ideal para inflamar la afición por la confrontación descalificatoria ha sido el centralismo democrático, incuestionablemente útil para forzar la cohesión en momentos de máxima necesidad, pero igualmente favorable para exacerbar el sectarismo, mucho más cuando se combinaba con ciertas rutinas de “crítica y autocrítica”.

La necesidad de una teoría

De lo anterior se desprende que las teorías revolucionarias son imprescindibles para entender, guiar y perfeccionar la práctica. Y no podrán hacerlo sin ser crecientemente exigentes en cuanto a identificar sus fallas y limitaciones. Es para mí cada vez más evidente la necesidad de mantener y recurrir a aportes y visiones de distintas fuentes, ya que no existe una sola que pueda atender a tantas y tan diversas cuestiones como las que involucra el cambio de las sociedades. Por otra parte, es inevitable observar las enormes deficiencias de la mayor parte de los partidos de izquierda para entender y transformar sus sociedades. Cuando se trata de establecer ¿qué ha dejado para nuestro país la actividad teórica de partidos y de cuadros, en términos de aportes consistentes, verificables, pertinentes en materia de conocimientos y descubrimientos para entender nuestra realidad?, la respuesta es muy incierta.

Hasta hoy carecemos, por ejemplo, de una sistematización referida a la estructura de clases y sujetos sociales de nuestro país. Contrariando el más básico de los cuidados metodológicos, las clases sociales siguen siendo “inferidas” o deducidas a partir de la afirmación de que Bolivia es capitalista. Existen trabajos que nos entregan herramientas útiles para entender y actuar sobre la realidad, pero habitualmente tienden a ser más fecundos cuanto más distanciados de la vida orgánica partidaria. Ese rezago teórico está igualmente presente allá donde se proclama que el socialismo se ha instalado, donde los cuadros teóricos tendrían supuestamente a su alcance las mejores condiciones para investigar, reflexionar y producir aportes, avances o innovaciones. Me temo que allá es más difícil encontrar aportes para entender los problemas y contradicciones propios de la construcción del socialismo, o hallazgos memorables en ciencias humanas.

La pregunta resulta ineludible: ¿cómo es que la única mirada holística, dialéctica y de intención científica ha dejado de producir ideas sugerentes y relevantes para encarar el estancamiento y la crisis estratégica de los regímenes socialistas, y para encontrar nuevos cauces y propuestas que lleven a canalizar la creciente y universalizada insatisfacción que produce el capitalismo? De cara al tema central, lo novedoso en el siglo XXI es que ya no se puede seguir manteniendo la ilusión de que un socialismo “verdaderamente” científico puede ser la llama infalible para entender y corregir los errores que se han cometido en su nombre y, menos todavía, la garantía de que podremos inmunizarnos para ganar la siguiente batalla contra el capitalismo.

Esa ciencia no existe. La ideología socialista es exactamente eso: una ideología. Un sistema de conocimientos, creencias y actitudes racionales combinadas con emociones y expectativas funcionales a los intereses de ciertas clases y sujetos sociales colectivos.

Ese sistema puede exhibir ventajas de coherencia lógica, frente al conjunto de ideologías justificadoras de la eternización del capitalismo en todas sus variantes, debido a que la ubicación de la experiencia productiva y vivencial, en su más amplio sentido, de los sujetos sociales y de las clases subordinadas al capitalismo, genera una mayor sensibilidad, una percepción y cierto tipo de conocimiento colectivo de la realidad. Esta

² Es clásico el caso del debate entre Engels y Dühring, que habría afectado a este último hasta el grado de su autodestrucción.

diferencia es muy importante y tendría que posibilitar, en algún momento, que desde su seno se pueda idear, imaginar y proponer respuestas diferentes de las que se ensaya en el ámbito de la influencia ideológica del capitalismo, fatalmente limitado, en última instancia, a defender, justificar y apoyar la acumulación ampliada y perpetua del capital y la propiedad capitalista, por encima de cualquier otra consideración. El cientificismo, lejos de ser un remedio para la gran crisis que experimenta el socialismo revolucionario, tiene posibilidades de reforzar un cierto sesgo de sacralización religiosa que ha contribuido a profundizar su crisis.

Dioses en el socialismo

Desde que, a partir de la revolución rusa, varias corrientes socialistas empezaron a ejercer el poder político estatal, puede verificarse que el ateísmo militante proclamado y ejercitado por los fundadores de esta posición es uno de los rasgos ideológicos comunes que sobrevive en la práctica de prácticamente todos. Esa homogeneidad se refiere a la permanencia y firmeza con que el personal estatal socialista condena lo religioso como una forma de superstición, anacronismo histórico o manifestación de alienación ideológica que favorece y permite la opresión y la explotación ejercida por las clases dominantes. Esa uniformidad se rompe, sin embargo, en lo que se refiere a la actitud frente a las prácticas religiosas de sus poblaciones, donde puede observarse un arco muy amplio que diferencia a unos Estados de otros y, dentro de cada uno de ellos, a períodos concretos.

Es posible registrar desde fases de una gran laxitud de la vigilancia, hasta el máximo rigor e intolerancia, en estrecha relación con cambios políticos internos e internacionales y, desde luego, con las tradiciones culturales de cada experiencia concreta³. Esa relativa unanimidad de regímenes tan diferenciados en prácticamente cualquier otro campo, se acompaña de otra manifestación similarmente uniforme en todas las experiencias socialistas, cual es la irreprimible inclinación a deificar a dirigentes estatales de esos procesos.

Uno se encuentra con una variedad extremadamente amplia en cuanto a las prácticas de este “culto a la personalidad”, en un arco que va desde el caudillismo patriótico y nacionalista, de tono explícitamente laico, hasta el más abierto endiosamiento del líder venerado y, con no poca frecuencia, de su dinastía. La regularidad de este comportamiento puede hacer pensar que existe una relación constante entre el ateísmo ideológico practicado estatalmente y el endiosamiento de sus propios próceres, como inconsciente respuesta para llenar el vacío que dejaría la proscripción de las deidades tradicionales⁴. Es fácil ver que la deificación de los dirigentes tiene mayores posibilidades de arraigarse mientras es más grande la gravitación de modos de producción pre-capitalistas.

El Estado capitalista, incluyendo los tipos que corresponden a estadios post-industriales, emplea sistemática e infaliblemente la influencia religiosa como una pieza fundamental de dominio ideológico y control de la sociedad, sin menoscabo, en general, de la tradición laica de la burguesía⁵. La construcción socialista, entendida como proyecto civilizatorio más avanzado que el capitalismo, es intrínseca y definitivamente incompatible con regímenes contruidos y legitimados en torno a la mitificación y endiosamiento de individuos. Cada esfuerzo y minuto dedicado a endiosar a un hombre es tiempo y energía sustraídos a que la sociedad descubra su propia fuerza, valor y capacidad para auto-realizarse. La deificación de los dirigentes es simultáneamente confesión de impotencia revolucionaria y señal inequívoca de avance de corrientes conservadoras y esclerotizantes que pretenden domesticar y alienar.

Descolonización y autodeterminación social

De Marx en adelante y hasta muy avanzado el siglo XX, el socialismo científico, en todas sus variantes, cifró esperanzas en que el proletariado de alguno de los países centrales o imperialistas concretara su

³ En Polonia, por ejemplo, el fuerte arraigo católico de la mayoría de la población ha impregnado profundamente cambios muy claros y diferenciados en el comportamiento de las autoridades socialistas, hasta que el sistema se derrumbó, debido a una influencia decisiva del movimiento católico nacional y del apoyo militante que recibió del papado.

⁴ Tal explicación puede ser seductora pero, históricamente, mientras más se niega y persigue a la religión o religiones de un pueblo, más grande es su vigencia.

⁵ Que por sí misma no previene los delirios místicos de personajes concretos como el ex-Presidente estadounidense George W. Bush, aficionado a creerse un profeta y quien utilizó todos los recursos a su alcance para favorecer desde el Estado a algunas de las sectas cristiana más fanáticas e irracionales. La devoción religiosa del personaje llegó al extremo de promover que las escuelas estatales enseñen obligatoriamente la teoría creacionista religiosa como equivalente y equiparable a las teorías científicas sobre el origen del universo.

emancipación, porque así podría desplegarse la espiral que permitiría el pleno despliegue del destino comunista de la historia. Con su teoría del eslabón más débil, Lenin expuso una teoría para justificar que las revoluciones de los países rezagados no deberían detenerse, a la espera de que el socialismo hiciera irrupción en Europa Occidental o Estados Unidos. Casi un siglo después no se ha dado este acontecimiento y todavía hoy, atravesando la gran crisis de 2008 iniciada con la caída de Lehman Brothers y, sin que estemos seguros de si realmente se ha resuelto, siguen sin manifestarse signos de que prospere alguna tendencia anti-capitalista de consideración en los países centrales e imperialistas.

Así, todas las experiencias que llamamos, o se han auto-denominado socialistas, son esencialmente regímenes nacidos de procesos de autodeterminación nacional y de guerras anti-coloniales, o resultado de procesos anti-feudales y de modernización. Lo anti-colonial predomina ciertamente como denominador común, y ello ha impuesto una cierta tonalidad al socialismo en todos lados, cual es un acento nacionalista presente inclusive en los momentos de internacionalismo más esplendorosos de las revoluciones. Coexisten con ese nacionalismo rasgos belicistas y militaristas, tan profundos y constantes que puede decirse que uno de los ejes dominantes de la discusión sobre el socialismo ha versado sobre la prolongación y las características de la guerra de la que nace y con la cual se defendería y conservaría el nuevo orden social.

La experiencia boliviana no comparte esa tónica, porque el protagonismo indígena en contra del colonialismo interno ha definido una modalidad esencialmente pacífica y pacifista para el proceso. La elección no ha surgido del azar, ni es unidimensional, sino que resume una dilatada experiencia donde se ha probado lo infructuoso de las ofensivas bélicas generales para copar el Estado y se ha validado, en cambio, la excepcional eficacia de las movilizaciones masivas y el despliegue de actos de fuerza simbólica.

La viga central del proyecto de Estado campesino-indígena es su carácter anti-colonial. Su concretización se expresa en el carácter anti-racista, reivindicador de los derechos colectivos de los pueblos indígenas, de sus identidades y la orientación radicalmente democrática plasmada en la Constitución y en la dirección de las principales tareas asumidas por el proceso constituyente.

La combinación de lo anti-colonial y democrático ha sido resumida en la caracterización plurinacional que asume el Estado, que ha cambiado de tipo tanto por la variación del bloque en el poder, como por el rediseño institucional que lo ha convertido de un Estado unitario simple, en uno hipercomplejo: autonómico, con pluralidad económica, democrática y jurídica, basado en la participación y sujeto al control social.

La pluralidad como definición estructuradora de un Estado hipercomplejo, con vigencia de cuatro nuevas instancias legislativas, junto a la participación y el control social, son las transformaciones principales que abren la posibilidad de que el actual cambio de tipo de Estado se convierta en un Estado que transite a una nueva forma, caracterizada por una reestructuración de la formación social, donde el modo de producción capitalista pierda su condición predominante actual. La duración de ese tránsito dependerá de:

1. Condiciones económicas, en el sentido de que se avance del actual cambio del modelo de desarrollo a una transformación productiva que modifique el patrón de acumulación.
2. Condiciones políticas, en tanto la autonomía trascienda de forma de administración territorial a creciente autodeterminación social, para lo que se requiere un reforzamiento y expansión de la participación y el control social.
3. Condiciones culturales, en tanto que la descolonización evolucione como una reforma moral, intelectual y estética de la sociedad.

El sujeto

Avanzar desde la reforma estatal que se está ejecutando y de la visión descolonizadora a la construcción de un cambio civilizatorio, que aquí denominamos socialismo, necesita de múltiples componentes que acaban de ser mencionados, en cuanto a tareas en diversos planos. La expectativa de que ha llegado la hora histórica para que el proletariado consuma el salto revolucionario del orden capitalista al *reino de la libertad* se fue postergando durante el siglo XX y aún más en el actual, si se toma como referencia la declinante actividad política de la clase obrera en los países capitalistas más avanzados. En cambio, ha proliferado la irrupción y presencia de otras clases y sujetos sociales en las revoluciones que se han intentado y realizado en la extensa geografía de los capitalismo atrasados y subordinados.

La regularidad, y no la excepción, es que en esas experiencias concretas hayan sido hasta ahora el campesinado y diversas fracciones de la pequeña burguesía urbana⁶ los componentes más constantes de los nuevos bloques en el poder y las alianzas de largo plazo sobre las que se han sustentado todos los regímenes que han tratado, o aún se encuentran empeñados en, construir algún tipo de socialismo. Lo inédito es que el proletariado los haya integrado de manera constante.

Son conocidas las objeciones de los clásicos del marxismo a la viabilidad de una empresa de este tipo. Sea porque se considere que la pequeña producción es incapaz de competir y sobrepasar a la economía capitalista, sea por la presunta incompetencia ideológica de sus representantes para liberarse de las limitaciones de la ideología actualmente dominante. Desde esa perspectiva, cualquier intento de construir el socialismo en un solo país y, más aún si éste es subdesarrollado, tendría que acabar necesariamente de manera catastrófica.

Desde el Instrumento Político para la Soberanía de los Pueblos (IPSP) se han intentado diversas alternativas, a objeto de responder a esas y otras objeciones teóricas respecto a la posibilidad de que alguna forma de socialismo pudiera ser el remate del nuevo ciclo estatal que se vive en nuestro país. Lo que planteo a continuación comparte algunas de esas inquietudes, aunque no sus conclusiones ni la forma en que se intenta enfrentarlas.

Antes de concentrarme en las particularidades nacionales, necesito expresar dos observaciones principales a la manera como se ha venido enfocando hasta aquí la definición del sujeto revolucionario y el carácter del régimen de transición que se entiende que es el socialismo, hacia una sociedad comunista, sin clases ni Estado. Bajo esa concepción es, sólo y necesariamente, la clase obrera (con el respaldo de sus aliados) quien puede presidir el proceso de sepultura del capitalismo y, para ello, tendría que implantar su dictadura de clase (sobre sus enemigos), lo que debería equivaler a una ampliación real de la democracia para sí misma y las clases que la respaldan y acompañan en su tarea.

En los hechos, ni el proletariado ha sido la clase fundamental en las revoluciones realmente ocurridas ni todos los tipos de dictadura “proletaria” o regímenes afines, después de un período más o menos breve de funcionamiento democrático, eventualmente para grandes mayorías sociales, han terminado más pronto que tarde restringiéndola para todos y degenerando las más de las veces en regímenes policíaco-represivos, autoritarios y verticalistas. Dicha involución se relaciona sistemáticamente con la suplantación identitaria de los sujetos sociales que construyen y conducen el Estado, atribuyéndoles un carácter “proletario” manifiestamente inexistente o forzado de manera extrema. Esto se encuentra invariablemente ligado a la falsedad, reiteradamente probada en la práctica, de que una dictadura, como quiera que se autodefina, haya superado las criticadas y desprestigiadas prácticas democráticas formales.

Uno de los problemas de la propuesta de implantar una dictadura, más democrática que la democracia, radica en que hasta el día de hoy ninguna de esas dictaduras tiene el carácter universalizante de la democracia formal, a la que contraponen un tipo de democracia y un Estado particularistas. El carácter universal al que me refiero nace a partir de que el Estado capitalista (nacional, popular y democrático) reivindica su condición de representante general de la sociedad⁷, en contraste con todas las formas estatales anteriores, que reivindican y proclaman un contenido de clase específico: sea de los faraones, mandarín, inca, noble o de los patricios. El Estado nacional moderno (capitalista) rompe esa tradición y se presenta como neutral y no subordinado a una clase en particular⁸, aún cuando toda la prueba empírica demuestre su funcionalidad a la clase capitalista, encubierta bajo la modalidad de una autonomía relativa del Estado. Ese

⁶ Y, en no pocos casos, han participado y participan de ellos fracciones de la misma burguesía. En cuanto a la pequeña burguesía, considerada “una clase en extinción”, no ha dejado de ampliarse en número en todo el planeta, con un crecimiento cualitativo igualmente notable en la política, la ciencia y el arte prácticamente en todas las latitudes.

⁷ Es decir como representante de la voluntad general de la sociedad y erigido por decisión de la mayoría de los ciudadanos individuales de esa sociedad. El Estado capitalista conserva su carácter de clase, en tanto que custodia y proyecta los intereses estratégicos de un bloque en el poder determinado.

⁸ Se entiende que ocurre así por las particularidades propias de la explotación capitalista que puede realizarse plenamente en el plano económico, sin tener que recurrir a la intervención ideológica como ocurre, por ejemplo, en el feudalismo. La existencia de “productores desnudos” es la condición necesaria para que la dominación estatal de clase deba ejercerse bajo la apariencia de un Estado surgido de la voluntad atomizada de cada ciudadano.

peculiar funcionamiento de la democracia le ha permitido sobrevivir a todos los intentos de sobrepasarla, desde cualquiera de los tipos estatales que volvieron a reivindicar un carácter de clase (proletario, obrero-campesino, etc.), es decir, desde una visión particular⁹.

Los problemas derivados e irresueltos de esta cuestión aparecen en nuestra Constitución, solapados bajo la complicada descripción del nuevo tipo de Estado plasmada en el artículo primero y la manifiesta (y fútil) intención de establecer un cambio cualitativo por la vía de la casi completa exclusión de la palabra República en ese texto¹⁰. El término plurinacional, escogido para expresar la interculturalidad como espacio de visibilización de los pueblos y sus culturas omitidas, sometidas y negadas, adquiere resonancias mayores a la de reconocimiento de naciones y nacionalidades culturales, al asociarlas a derechos de autodeterminación.

Tiene dicha caracterización como mayor mérito designar a la descolonización como el cambio más importante del conjunto de transformaciones y la que podría servir de puente entre la solución de los conflictos presentes y heredados del pasado y ostenta, como desventaja mayor, generar expectativas soberanistas entre pueblos indígenas, dando pie a que otros sectores, entre ellos integrantes del bloque social revolucionario, se sientan discriminados u omitidos. La intención de “visibilizar” lo indígena inscribiéndolo en el frontis estatal y en el punto más prominente de la narrativa que intenta articularse desde el Estado, tiene como consecuencia centralizar al sujeto social indígena, definido principalmente a través de su identidad cultural¹¹. Como, además, se crea una sinonimia dura entre identidad cultural y lo que se puede entender como nación y nacionalidad, la elección del sujeto central tiene efectos que superan las intenciones y el entendimiento de los que apostaron por lo plurinacional, elemento que en estos días ha mostrado sus múltiples y acertadas aristas¹², como prueba de que algunas de las categorías usadas en el lenguaje del aparato político que conduce el gobierno y de la CPE, se encuentran muy lejos de estar dilucidadas.

Al mismo tiempo, fuera de toda duda, lo “indígena” encierra la verdadera novedad y originalidad de la experiencia boliviana, lo mismo que cualquier vestigio de objetividad que pudiera justificar el uso de la expresión *socialismo comunitario*. Esto se refiere a relaciones de producción, como una relación no destructiva entre sociedad y naturaleza, y a una cierta cosmovisión crítica del capitalismo. Pero el texto va más allá, cuando introduce la figura de *pueblo originario indígena campesino* como una supuesta unidad que no es tal en la realidad, pues habiendo relación entre indígenas y campesinos, cada uno expresa identidades distintas, con intereses, prácticas y expectativas igualmente diferenciadas.

La experiencia campesina se origina y avanza, en el sentido de la modernización capitalista, por la doble ruta de una creciente relación con el mercado y por efecto de la urbanización que traen la migración interna y externa. Los campesinos y su avanzada más dinámica, los colonizadores¹³ (ahora denominados comunidades interculturales), han experimentado una importante y profunda experiencia “desindigenizadora”, como resultado de la revolución de 1952 con todas sus consecuencias¹⁴.

La clase campesina es de origen indígena y la “revolución democrática cultural” boliviana ha sido posible por un reencuentro de lo campesino con esa identidad primaria, hasta un punto en que ha podido crearse la

⁹ En el sentido de una fracción de la sociedad; no reivindicando la representación de todo el cuerpo social.

¹⁰ Cuando todo hace pensar que si se avanza exitosamente en cumplir las tareas del Estado de transición, la nueva forma estatal resultante será una República, quizás federal, tal vez socialista, quizás las dos.

¹¹ Sin embargo, frecuentemente lo indígena se indiferencia de lo campesino en el lenguaje oficial. Esta fluctuación de términos va más allá de un problema académico, la indiferenciación de las clases sociales y los sujetos sociales ignora las contradicciones que existen entre ambos, privándose de herramientas para prevenirlas, atenuarlas y tratarlas y, finalmente, refuerza la vaguedad de un proyecto alternativo de sociedad.

¹² Me refiero a la VII marcha conducida por CIDOB, que reclamó la efectivización de las autonomías indígenas.

¹³ Los colonizadores son los campesinos que han transitado más rápida y masivamente del modo de producción mercantil simple al capitalismo. Este tránsito se intensifica cuando su producción se vincula más directamente con el mercado mundial, como ocurre con la coca, por ejemplo, y esto se acompaña con mayores contradicciones ambientales, propias del monocultivo y la utilización intensiva de la tierra y paquetes tecnológicos.

¹⁴ La clase campesina, compuesta por indígenas principalmente de las tierras altas liberados de la servidumbre, dotados de tierras por la reforma agraria, ciudadanizados como electores, organizados en sindicatos y con milicias, son una realidad a partir de 1952-1953. A partir de 1979, con la formación de la CSUTCB y el primer bloqueo nacional campesino, marcan el inicio del período constitutivo actual.

impresión de que se fusionaba o recreaba un sujeto único campesino-indígena. Tal posibilidad, sin embargo, se desdibuja en diversos sentidos, desde el momento en que el punto de arranque del proceso, expresado en la reivindicación de tierra-territorio¹⁵, se perfila en la actualidad ya no como un punto de convergencia, sino de desinteligencia entre sectores campesinos e indígenas¹⁶.

Además, el conflicto de apariencia agraria y productiva ha estado escalando con gran fluidez al de soberanía, porque en muchos de los pueblos indígenas las aspiraciones territoriales, fuertemente estimuladas por el lenguaje oficial, se están cristalizando en demandas soberanistas de diverso grado. Este soberanismo no llega hoy en día al punto de plantear independencia estatal formal, pero favorece el surgimiento de exigencias, como una “pausa ecológica” en la explotación de hidrocarburos, que conflictúan la soberanía del Estado nacional (plurinacional) y otras que son propias de la confusión conceptual entre nación cultural o ideológica y nación política. Los campesinos han sido los primeros en reaccionar explosivamente contra esos requerimientos y desde el gobierno se ha fomentado esta reacción, sin reparar en cómo afecta y resquebraja la confianza y la unidad del bloque social constituyente.

Campesinos e indígenas (una clase social y un sujeto colectivo) componen el núcleo principal del nuevo ciclo constitutivo (ciclo estatal) que, aliados a todos los demás sectores populares, podrían abrir camino a la búsqueda de un nuevo orden social. La cultura indígena ha sido esencial para indígenas y campesinos en el momento de resistir el colonialismo, y los campesinos han recurrido a ella como fuente simbólica principal en el derrocamiento del antiguo régimen, sin que por ello mengüe la orientación cada vez más constante de las relaciones capitalistas en la economía campesina¹⁷. Los campesinos son cada vez más marcadamente la fuerza predominante dentro del nuevo bloque en el poder, lo que trae un reforzamiento de las políticas públicas que favorecen que los campesinos se distancien económicamente de las tradiciones comunitarias con mayor velocidad, a través del conjunto de facilidades que les otorga el Estado para modernizar sus cultivos y fortalecer su calidad de abastecedores del mercado.

Aunque más paulatinamente, todo indica que lo mismo puede pasar con las comunidades indígenas aisladas, de manera que las tradiciones comunitarias y las sobrevivencias de cualquier modo de producción pre-capitalista –especialmente el mercantil simple– son socavadas, articulándose en torno a relaciones capitalistas que se expanden sostenidamente.

Espontaneidad y organización

Si hay una constante en la historia de las revoluciones que nacieron o se hicieron socialistas, es el nudo que las asfixia a partir de que su dirección se autonomiza de la base social que conduce y representa. Esto tiene que ver con el ya mencionado problema de ausencia proletaria en los procesos que han tratado de construir el socialismo y, con que el bloque en el poder está compuesto, habitualmente, por una combinación variable de representación campesina y de la *intelligentsia*¹⁸. Es esta última la que realiza mayores intentos por negar o disimular su extracción de clase y pretende haberse “proletarizado” o convertido en un ente que está por encima de las divisiones sociales, el revolucionario.

La *intelligentsia* tiende, a la postre, a convertirse en la fracción hegemónica del bloque, aprovechando su familiaridad de *intelligentsia* con la educación y el conocimiento, en especial con destrezas en la construcción y despliegue de narrativas, y su tradición de proximidad a la gestión pública. La impostación

¹⁵ En términos programáticos y de participación social, el proceso constituyente arranca con la demanda de tierra-territorio de la marcha indígena de 1990 (donde se empieza a mencionar la Asamblea Constituyente); está luego la formación del IPSP; a continuación, en 2000, la exigencia de una reforma política (Asamblea Constituyente, desmonopolización de la representación y referendo), junto a la lucha urbana que pide recuperación del control de los recursos naturales); las jornadas de 2003 y la reforma constitucional. Siguen las deliberaciones de la Asamblea, la lucha por el referendo constitucional y el pacto congresal que desemboca en la aprobación de 2009. El proceso avanza hacia su cierre con la aprobación de leyes.

¹⁶ Periódico La Razón del 25 de septiembre de 2009, La Paz.

¹⁷ No es sólo problema de propiedad privada de la tierra, sino el incremento de las prácticas de compra-venta de fuerza de trabajo y la lógica de incrementar productividad y competitividad en materia de precios y calidad.

¹⁸ Caracterizo de este modo a la fracción autónoma de la pequeña burguesía, tipificada por su relación con los aparatos ideológicos del Estado (sistema educativo en general, medios de difusión masiva, organizaciones de mediación política) y, por ese medio, con ventajas relativas en materia de educación, instrucción y conocimientos.

de clase favorece el desarrollo de deformaciones, objetivadas por tendencias represivas y autoritarias. La evidente distancia entre la realidad¹⁹ de las elites revolucionarias y su discurso crea mecanismos de representación de la realidad cada vez más aberrantes. Podría decirse que se presenta una situación parecida a lo que podría ocurrir si a un grupo de muy malos actores se les otorgase poder sobre el público espectador de su trabajo, de manera que pudiesen obligarlo a reír, aplaudir y darles continuas muestras de aprobación.

Una vez que la intención de edificar el socialismo se estanca en alguna fase del capitalismo monopólico de Estado, el proceso se enfrenta a un abismo consistente en la obligación intelectual de reconocer que no ha variado la forma estatal capitalista y que el nuevo tipo de Estado -capitalista- y el nuevo régimen, funcional a un nuevo bloque social, es más propenso a regresionar que a avanzar.

Frente a ese problema existencial, la actitud que ha prevalecido en las nuevas burocracias estatales es la negación, en sentido freudiano, manifestada en que estas burocracias aplican toda su energía y talento en armar narrativas mitológicas que asumen formas góticas con el paso del tiempo. La *intelligentsia*, con sus aliados, transita a la condición de burguesía burocrática de Estado en medio de nubarrones de propaganda destinados a esconder ese fenómeno.

Ante los problemas de divorcio entre base y conducción, lo indígena, nuevamente, ha sido planteado en Bolivia como una variante capaz de neutralizarlos, bajo el supuesto de que la democracia comunitaria abarca, entre sus saberes y hábitos, fórmulas apropiadas para contener la burocratización y el ensimismamiento de los dirigentes. En el discurso oficial, la democracia comunitaria ha reemplazado el fervor que por décadas desplegaron los militantes izquierdistas respecto a la democracia obrera, presuntamente poseedora de similares bondades²⁰.

Una de las prácticas más constantes en las diferentes formas de democracia comunitaria es la rotación en los puestos ejecutivos y de responsabilidad. También está asociada con la deliberación sistemática, la consulta periódica a las bases, la simplicidad de los procedimientos de revocatoria y otras, todo lo que sirve como dique contra las tentaciones que el ejercicio del poder suele producir en los mortales.

Sin embargo, la intensificación de ese discurso no ha revertido la abierta discrepancia que expresan las claras y crecientes manifestaciones contrarias a la rotación de dirigentes y a la ultra personalización, que se imponen y extienden a toda velocidad. La consideración de estos problemas puede verse también desde el ángulo de la relación entre la espontaneidad y la conciencia²¹, vinculada a la noción de clase en sí y clase para sí, frente al cual la ortodoxia ha impuesto la noción de que el partido de revolucionarios profesionales, empapados de “conocimiento científico”, es el custodio y garante de la corrección ideológica y política y, por tanto, el encargado natural de copar el espacio estatal.

La dirección política del proceso en Bolivia no es un partido, sino más bien una suerte de coalición o confederación de organizaciones sociales, asociada a algunas células y círculos de militantes que pertenecieron a partidos. Este instrumento de organizaciones sociales cuenta con la ventaja, que muy pocos partidos pueden lograr, de una relación fluida y constante con los distintos sectores a los que representan sus estructuras, con una consiguiente mayor sensibilidad y apertura al pulso social.

En su construcción y desarrollo, el IPSP ha construido una narrativa dinámica y en continua evolución, que ha podido atraer e interpelar a las masas al recoger y reflejar gran parte de sus prácticas y demandas, representándola en diversos discursos, a veces contrapuestos, que han logrado su mejor armonía en un texto constitucional y en una sucesión de iniciativas, arranques y respuestas tácticas, respaldadas por contundentes votaciones democráticas. Frente al reto de ir más allá del cumplimiento de los pasivos que deben saldarse

¹⁹ Me refiero a origen, hábitos y comportamiento de clase (el habitus).

²⁰ Para algunos, además, la democracia obrera habría expresado importantes influencias comunitarias, porque una gran mayoría de obreros nacieron en cuna indígena. Lo que no se ha discutido hasta ahora es cómo y por qué la clase obrera nunca pareció otorgar relevancia a este origen, y prácticamente es ignorado en la discursividad de las organizaciones obreras, contando entre ellas a la COB, y en todos los documentos clave del sindicalismo proletario de nuestro país.

²¹ Idea que reproduce la contraposición que establece Platón entre la doxa -la rudimentaria opinión del vulgo, basada en toscas y engañosas impresiones- y la episteme -conocimiento científico, producto depurado y adquirido con disciplina por los sabios-. Una observación histórica del conocimiento humano muestra que este nace de la opinión, pasa por el conocimiento científico y de allá retorna a la opinión, en el sentido de que las teorías más avanzadas de la ciencia son provisionales y sujetas a la controversia más apasionada.

para culminar un trabajo de construcción nacional y estatal, es necesario preguntarse si todo ese bagaje será suficiente para encarar la construcción de un nuevo orden social, o se detendrá en la renovación de fracciones dirigentes y la promoción de nuevas élites económicas.

La clave de todos los riesgos se halla en que la dirección olvide de que la “revolución cultural y democrática” es principalmente una gran creación de la espontaneidad, antes que de la intuición, la sagacidad o la experiencia de los individuos y grupos que crearon el instrumento político, sin el cual, evidentemente, la energía creadora de toda una sociedad se habría dispersado en espasmos de contestación y en iniciativas trucas.

La superación de la forma “partido” que representa el IPSP es probablemente indispensable, pero también insuficiente, para desbaratar los términos perversos en los que tiende a desembocar la relación entre base y dirección. En nuestra realidad concreta, ocurre que el instrumento político es, en primer lugar, instrumento de direcciones de organizaciones sociales. Cada organización representa intereses corporativos (lo que significa fragmentarios y, en cierto grado, excluyentes), concentrados todavía más por la corporativización de los intereses de sus dirigentes²², de modo que cuando todos esos intereses privados se asocian adquieren fuerza reconcentrada y crecen en conflictividad con los intereses y necesidades colectivas.

En la historia concreta, el instrumento político interpretó apropiadamente y se subordinó al mandato social cuando –no sin dudas– aceptó que la reforma constitucional de 2003 contemplase la desmonopolización de la representación política, aún cuando eso podía afectar sus intereses de fuerza electoral, y lo mismo puede decirse de cómo diseñó y materializó la convocatoria a la Asamblea Constituyente. La redacción del texto constitucional resulta de una tensión entre el Gobierno y las organizaciones sociales en la que, finalmente, las organizaciones sociales pudieron registrar sus principales demandas y propuestas²³.

Aquí, al igual que en muchos otros lados, quizás en todos, es poco menos que inútil esperar que alguna organización de mediación política que es, como se ha dicho antes, un cuerpo en el que se manifiesta la tensión entre intereses generales de una sociedad, los de su sector y los del grupo especializado que ellos mismos constituyen, vaya a adoptar por iniciativa propia o exhortación ajena cualquier medida que limite o controle sus pulsiones por acumular y multiplicar su poder.

La orientación innata de estos cuerpos, compuestos por individuos entrenados y legitimados ante sí y los demás como luchadores por el poder, es acrecentar, en una verdadera dinámica capitalista, su poder. En una transición revolucionaria donde prima una dinámica de desestructuración y reconstrucción de instituciones, se diluyen los mecanismos de moderación de estos impulsos de los que se han dotado las democracias formales. Así, al amparo del fortalecimiento y crecimiento de la democracia participativa, la nueva burocracia estatal obtiene “ganancias extraordinarias” de poder, disimuladas en el oleaje democratizante en que se encuentra el colectivo social. El o los reflujos sociales que sobrevienen a continuación dejan, en el mejor de los casos, espacios institucionales para canalizar nuevos auges de participación y, con toda seguridad, fortines en continua expansión donde se pertrecha la dirigencia del proceso.

Si se quiere dejar el remedio a la “invisible mano” del oleaje participativo, la experiencia nos muestra que los fortines burocráticos tienen todas las de ganarle de mano a los espacios cedidos a la participación social, que tiende más bien a estrecharse y funcionalizarse a los intereses de una nueva clase dominante que se constituye y fortalece desde el Estado.

La independencia social

El proceso boliviano ha entregado nuevas herramientas para prevenir, moderar y, si llega a ser necesario, revertir los mecanismos de expropiación de la soberanía popular, la libertad individual y colectiva, y la

²² Aquí la corporación de la corporación son los intereses propios de la institución (sindicato, asociación, federación) y de sus componentes individuales. Cada uno de los grupos viene a tener un interés privado, en contraposición a los intereses generales de la sociedad.

²³ Una prueba muy clara de esta tensión es el marcado intervencionismo gubernamental, que reclamaba y agitaba que a la Asamblea se le reconozca un carácter originario, pero le recortaba y condicionaba, mediante un continuo intervencionismo, su carácter soberano. La inclinación al autoritarismo se verifica en una lista ciertamente extensa que abarca las fuertes inclinaciones a suprimir la proporcionalidad en las representaciones electivas, la policialización de la política, la forzada ruptura con aliados para acaparar puestos públicos, el despliegue de violencia simbólica contra las críticas internas y la disidencia de personas, grupos e inclusive sujetos sociales colectivos.

autodeterminación de los sujetos sociales colectivos. Eso son la autonomía, la participación y el control social inscritos en la Carta Magna, y el desenvolvimiento de la durísima lucha por preservarlos y desarrollarlos será el indicador más preciso, de si la rebelión contra el racismo, la discriminación y la postergación pueden proyectarse a la edificación de un orden social post-capitalista.

La autonomía, en su versión “más originaria”²⁴, es decir, no limitada a fórmula de administración territorial del Estado, sino a autogobierno de las distintas comunidades tanto rurales como urbanas es, a mi entender, la pista más concreta para convertir la actual transición estatal en construcción de las bases materiales, políticas e ideológicas que nos puedan conducir a un orden social post capitalista.

Existe amplia evidencia acumulada de que la cúpula política no ha comprendido que la autonomía es la manera concreta en que se efectiviza la descolonización. De allí su prolongada y costosa resistencia a incluirla en la Constitución y su gran empeño en retacearla, a través de todo tipo de condicionamientos contenidos en las leyes reglamentarias y en las actitudes concretas. Por todo ello, ahora que las demandas de transferencia de recursos y poder efectivo hacia las nuevas instancias gubernativas del Estado hipercomplejo, pasan a manifestarse con creciente intensidad, la lucha autonómica se perfila como el tramo más importante de la transición estatal y de sus ulteriores posibilidades de continuar evolucionando.

La posibilidad de plasmar este régimen autonómico se relaciona estrechamente con un vigoroso desarrollo de la participación social²⁵, entendida como un conjunto de formas de consulta y deliberación que canalizan la creatividad de los sujetos sociales colectivos, potenciando sus capacidades de construcción del bien común y amortiguando sus tendencias corporativistas. Se trata de que la participación supervise el rendimiento posible de la gestión pública, proporcionándole insumos, propuestas y visiones alternativas, sin llegar a co-administrar con ella el Estado. Si cae en este último extremo, la participación disminuirá e inclusive anulará la posibilidad de que el control social funcione. Terminará, a la postre, sirviendo de coartada y justificación de los burócratas más mediocres e ineficaces.

Del mismo modo, el control social, es decir, el control de la sociedad sobre el Estado y sus personeros, al tener como objetivo mayor preservar la autodeterminación social ante el poder estatal, no debe duplicar la fiscalización, que es intrínsecamente una tarea estatal. Si el control social se aplica a fiscalizar se facilita su absorción por parte del Estado; mucho más cuando las organizaciones sociales, que están tendiendo a ser cooptadas por el Estado, se apropian de esa función de control. La independencia política de las masas y sus organizaciones se impone ante la evidencia de que el Estado, eventualmente indispensable para iniciar y reforzar los proyectos de cambio civilizatorio, es también la principal traba, porque el conservadurismo es parte de su naturaleza esencial. Este ser del Estado no hace más que reforzarse, a partir de que la fracción hegemónica del bloque en el poder constituyente tiende a convertirse en nueva clase dominante²⁶.

El control social puede enfrentar esa inclinación constante del Estado y los sujetos, clases y fracciones que ejercen el poder estatal, si consigue establecer mecanismos democráticos y de ejercicio ciudadano que le otorguen auténtica autoridad sobre las autoridades y sobre el conjunto de las organizaciones de mediación política (OMP). El objeto del control es frenar y enfrentar el abuso del poder público, la calidad de la gestión pública y la responsabilidad política de los aparatos de Estado que forman, promueven y designan funcionarios a los que se les confía el ejercicio del poder.

La no sumisión de la sociedad ante el Estado requiere que al control social se le reconozca la capacidad de supervisar a los aparatos de fuerza, el desempeño de las principales entidades fiscalizadoras y el control de calidad del trabajo de las OMP, como algunas condiciones mínimas de su funcionamiento.

La violencia estatal

²⁴ La que se remonta a la resistencia ante el avance de la conquista española y la que con el tiempo llegó a plasmar la república indígena ante la república española.

²⁵ La participación y el control social resultan de una sui generis aleación entre prácticas comunitarias, sindicales-revolucionarias y de negociación y pacto, introducidas en la reglamentación de la ley de participación popular, promulgada en 1994 por un gobierno neoconservador.

²⁶ No se trata de una fatalidad, ni una falla del carácter de los dirigentes políticos revolucionarios. El Estado, aún el más revolucionario, sólo subsiste si garantiza el orden. Y los individuos, sujetos y clases que se empoderan, buscan conservar y fortalecer ese empoderamiento. Tal forma de comportarse, lejos de neutralizarse con la mitificación del Estado, se hace mayor en las épocas de transición.

La forma en que históricamente ha abortado la intención de construir un régimen más libre y democrático que el que se da en el capitalismo, es la asunción de poderes especiales y extraordinarios por parte de los Estados nacidos de revoluciones. Justificados como medidas de emergencia y pasajeras, para enfrentar una guerra interna, el asedio imperialista u otra situación similar, han terminado por hacerse constantes e impenetrables a cualquier mecanismo de equilibrio institucional y a transparentarse y rendir cuentas a la sociedad. El origen de la regresión radica en la desconfianza de las nuevas elites ante cualquier manifestación de independencia política de los sectores populares. Esa autonomía se expresa como sentido crítico ante la gestión pública y la burocracia, reclamos reivindicativos sectoriales, demandas de descentralización, supervisión de la gestión estatal y, en su sentido más evolucionado, en demandas de autogobierno efectivo.

La desconfianza de la burocracia estatal, solapada bajo cualquier argumento, empieza a manifestarse a través de expresiones de agresión simbólica contra los disconformes o críticos y, desde allí, ha llegado inclusive hasta las masacres y el genocidio. Con tales antecedentes es incompatible, para una posición socialista, aceptar que los procedimientos democráticos son sencillamente accesorios y finalmente prescindibles. La enormemente complicada estrategia de construir formas democráticas más avanzadas, en un mundo globalizado donde los impulsos autoritarios y militaristas son tan comunes, incluye el rescate de las mejores formas y procedimientos democráticos conquistados hasta ahora.

En el caso concreto de las escaladas de violencia simbólica estatal hacia las manifestaciones críticas de la sociedad, el avance democrático consiste en cuestionar las fórmulas de *respeto a la autoridad y la majestad del poder*, por las de respeto al poder (del Estado), a la soberanía y a la autodeterminación social, proscribiendo y penalizando los arranques represivos de las autoridades a las manifestaciones de autodeterminación social, por muy simbólicos que aparenten ser. Todo lo dicho puede resumirse en que cualquier vía para superar la sociedad capitalista impone que la sociedad civil se mantenga políticamente independiente del Estado. Esa independencia es indispensable para imponer transparencia, acceso irrestricto a la información sobre gestión pública y rendición de cuentas, que son las bases de funcionamiento de una sana y vigorosa participación social y del control sobre el Estado.

Reforma y Revolución

La buena predisposición de nuestras autoridades actuales a entender que el cambio más importante en la relación sociedad-Estado es una auténtica subordinación del último a la primera, ha intentado expresarse mediante la fórmula “mandar-obedeciendo”. Puede debatirse lo apropiado de la frase pero, asumiendo que cualquiera que sean los problemas de enunciación, la cúpula jerárquica del Estado estaría sinceramente dispuesta a iniciar un camino que conducirá a su progresiva pérdida de protagonismo y control del poder político, en beneficio de la sociedad. Toca señalar los mayores nudos que obstaculizan iniciar el recorrido.

Además de los que ya se expresan como reticencia a darle paso a un sólido régimen autonómico, está la comprensión de los ritmos y horizontes (ya no plazos) de los cambios, o lo que se llama comúnmente la contraposición entre reforma y Revolución. Ésta abarca las dimensiones de uso de la violencia y control del tiempo, en tanto que entre todo tipo de vanguardias políticas es muy intensa la noción de que ser revolucionario equivale a avanzar rápidamente, mejor a saltos, para lo que frecuentemente sería necesario usar la violencia.

La importante presencia indígena en el ciclo constitutivo boliviano ha moderado esas concepciones, estando muy lejos de erradicarlas porque persiste un claro ánimo belicista en la conducción, que se congratula públicamente de ello, tanto cuanto se disculpa por verse obligado a reformar antes que a revolucionar. Tales manifestaciones de mala conciencia (por no ser lo suficientemente violento y rápido) son, al mismo tiempo, el sustento de las ideas y actitudes de auto-afirmación del vanguardismo como elemento capital e insustituible del proceso²⁷, puesto que se asocian a la creencia de que la conciencia revolucionaria (inclusive culpable) tiene que cuidar que las masas no se desvíen del rumbo revolucionario.

La visión indígena sobre el tiempo se refiere a concebir el transcurso del tiempo de manera más bien cíclica, antes que lineal y, en cuanto a la violencia, me refiero principalmente al conjunto de prácticas

²⁷ Aquí la noción de vanguardia se mezcla con la de organizaciones y movimientos sociales, elevados en cierto momento a interlocutores y, luego, a miembros del nuevo tipo de Estado.

históricas que han determinado que el proceso constituyente boliviano no se encamine hacia la guerra, de modo que las situaciones creadas por las dirigencias políticas para hacerlo hayan sido rectificadas por presión social²⁸. El paso de la colonialidad a la autodeterminación nacional y social es, por definición, un tránsito revolucionario, en tanto que supone la ruptura del monopolio económico, político y cultural, con el desplazamiento de un bloque en el poder por otro. Se ha empezado a caminar en esa dirección sin apelar a la guerra y con un ritmo de avances y saltos, determinados por la propia sociedad.

El cambio de calidad es la condición propia de la Revolución en Bolivia, no la guerra. La ausencia de guerra no es ni ha sido ausencia de lucha, sin la cual ningún cambio se hubiese alcanzado. Este proceso le ha otorgado a las armas un lugar secundario y subalterno, haciendo de la movilización y la alerta social el arma que se impone a los aparatos de fuerza y a las concepciones y estructuras militaristas, al verticalismo y al autoritarismo de la razón de Estado. No estoy hablando ni de un Estado, ni de una Revolución que abdique de su armamento, sino de la violencia como columna dorsal del ejercicio del poder. No es posible en el mundo actual desechar de una vez y para siempre injerencias, ataques e inclusive agresiones armadas. Tenemos que estar conscientes de que son parte de las posibilidades cuando un pueblo cuestiona y se enfrenta al imperio, y debemos estar preparados para cualquier circunstancia, sabiendo que la base de esa preparación es un pueblo unido y convencido del rumbo que ha escogido.

Producción simbólica y producción material

El otro nudo que obstaculiza la plena maduración de las transformaciones revolucionarias es el de las concepciones y las prácticas económicas. El cambio de modelo de desarrollo (del reino del mercado) ha logrado éxitos notables, especialmente al innovar la idea de nacionalización y al reforzar la idea de que sobrepasar al capitalismo conlleva la responsabilidad de un nuevo equilibrio entre la humanidad y la naturaleza²⁹; pero, al haberse detenido en esa estación (recuperación de los recursos y del papel del Estado en la economía), crea presiones que agobian a la burocracia estatal y la empujan a confundir de objetivos y estrategia.

El problema de fondo son las llamadas relaciones sociales de producción, las que se tiende a considerar reducidas a su exclusiva dimensión de relaciones de propiedad. Con esa mirada unilateral, se acrecienta la tentación de “avanzar” recurriendo al capitalismo de Estado. Así, el reconocimiento constitucional de una economía plural parece cada vez más retórico y menos sincero, ante los afanes para que el Estado cope todos los espacios económicos posibles, incluyendo los de pequeños y medianos productores y de comunidades productoras³⁰.

Buscando mantener el aplomo, renunciando a la indispensable honestidad intelectual para reconocer que nos enfrentamos a un problema pendiente que requiere el máximo de participación y corresponsabilidad estatal y social, la nueva burocracia se inclina, otra vez, por lograr una acumulación originaria de capital por vía estatal, encandilada quizás con la posibilidad de explotar una nueva veta de reforzamiento de su poder, con la posibilidad siempre presente de generar su propia acumulación originaria, como la generada por algunos de los ejecutivos y gerentes estatales nacionalistas del siglo anterior.

Estatismo e industrialismo utópico del siglo XX no se convertirán en socialismo contemporáneo, y mucho menos comunitario. Para prevenir una nueva frustración, hay que enfrentar esas ilusiones y trabajar con empeño colectivo en la búsqueda de una forma distinta de acometer la transformación productiva, es decir, la manera en cómo se produce, acumula y distribuye riqueza. Los principales avances conseguidos que pueden ayudar a buscar esa dirección se resumen en una mayor soberanía económica, el reconocimiento de la pluralidad económica, en el descentramiento entre el poder económico de los grandes capitales y el

²⁸ Sin que eso lleve a cerrar los ojos a prácticas sociales o usos y costumbres violentos, que van desde los castigos corporales hasta los linchamientos, pasando por las agresiones físicas entre colectividades que disputan el control de recursos naturales. El Estado tiene ciertamente un rol a cumplir en el encaramiento de estas situaciones, sin retornar al paternalismo y al autoritarismo.

²⁹ Con el abandono, ciertamente, de las ideas y prácticas que llevan a separarlas y a contraerlas, propias del cientificismo y la rendición incondicional ante la tecnología.

³⁰ Quienes objetaron, hace más de dos años, la fundación de empresas estatales de panificación y varias otras que competirían con estas comunidades.

poder político, en el reconocimiento de que las riquezas naturales son de propiedad social y no estatal³¹ y en haber abierto el camino para modificar la política sobre tierra y propiedad de la tierra. La intención redistributiva de riqueza se ejecuta por medio de bonos y rentas (también de subsidios diversos), con un horizonte muy estrecho de durabilidad, alentando expectativas asistencialistas y desconociendo muchas y profundas manifestaciones de diversos sectores que apuestan más bien por reforzar nuestra capacidad productiva.

Respecto a las cuentas y la administración de las empresas públicas, toca ahora hacerlas cristalinas, sometiénolas a escrutinio ciudadano y al control social, midiendo sus avances por resultados y trabajando para que se coloquen a la cabeza en materia de productividad³². Es parte de ello cancelar y liquidar los emprendimientos estatales fallidos, con la debida exigencia de rendición de cuentas y aplicación de responsabilidades, donde se detecte desviación y distracción del excedente social. La tarea más desafiante es construir una nueva realidad donde la pluralidad de la economía funcione bajo un principio efectivo de complementariedad. Para remplazar las actuales ventajas comparativas propias de la economía capitalista que son la alta disponibilidad de recursos naturales y de fuerza de trabajo depreciada, por nuevas ventajas, articuladas en torno a una elevada disponibilidad de entusiasmo y confianza de una comunidad de productores conscientes de su creatividad e ingenio.

Si existe algún horizonte socialista de este proceso, será necesario explorar y alentar nuevas formas asociativas entre el conjunto de actores económicos, sin recaer en el capitalismo burocrático que es, junto con el neoliberalismo, una fórmula segura para estancarse.

El gobierno autoconsciente

Hemos mencionado las grandes dificultades que existen para recuperar, fortalecer y difundir las prácticas comunitarias que podrían darle un nuevo enfoque y desempeño a una estrategia socialista para la sociedad boliviana. La acción del Estado, en general, multiplica los obstáculos, ya sea por sus políticas económicas, por sus rutinas económicas, como por la relación que entabla con las organizaciones sociales en un plan de absorberlas y controlarlas bajo la idea de *integralizar* al Estado.

Se hace muy urgente modificar radicalmente esos impulsos, re-conceptualizando el papel del Estado y su relación con la sociedad, y también con la dirección política. La pendiente reforma educativa tiene que estructurarse en torno a ejes centrales, uno de los cuales será que nuestros niños, desde su primer contacto con los instructores y educadores, sepan que el Estado y las autoridades están para escuchar, atender y servir diligentemente a los ciudadanos y a las comunidades; que las instituciones y sus personeros han de entrenarse en un código de permanente servicio, sensibilidad y modestia. Se trata de que todos sepamos que nuestro objetivo es subordinar al poder y no lo opuesto.

El destino de los representantes y luchadores políticos destacados tiene que ser cada vez menos el cargo público, y cada vez más el de animador, propulsor y militante de apoyo a la participación y el control social; no como funcionario ni consejero, si no como activista abnegado que combina su capacidad de producir bienes materiales e inmateriales, con horas entregadas al trabajo por el bien colectivo, una de cuyas áreas más importantes y exigentes es la de compartir y educar en la concienciación de las obligaciones y responsabilidades que dan base y consolidan el ejercicio de nuestros derechos, libertades y garantías. O, de otra forma, “los educadores deben ser educados” y los dirigentes deben saber que si son eso es porque tienen una deuda permanente con la sociedad y no al revés.

Esa deuda, en palabras de Pierre Clastres, ha de inhibir que su prestigio se convierta en poder separado de la sociedad. En nuestro Estado capitalista reformado actual, se impone la noción de que la sociedad es la que estaría en deuda continua con sus jefes y caudillos. La despartidización de la burocracia estatal, que debe profesionalizarse en una carrera respaldada con estabilidad y sujeta a un periódico y riguroso control de calidad interno por los mecanismos de fiscalización gubernamentales y la supervisión de éstos por los del control social.

³¹ Artículo 349, donde se establece que es el pueblo boliviano el propietario de los recursos naturales (reafirmado en el 357) y el Estado su administrador, pero el 359 anula ese importante avance conceptual al señalar que el Estado -a nombre del pueblo- “ejerce la propiedad”, esta vez de los hidrocarburos.

³² Que habrá de medirse tanto en términos convencionales, como en su rol de fomento y protección social.

Estos pasos preliminares, acompañados de las postergadas tareas de reforma moral e intelectual que nos permitan rescatar y afirmar nuestras mejores facetas de pueblos luchadores, sacrificados, empeñosos, solidarios, y trabajar los problemas que arrastramos con todo tipo de expresiones autoritarias, machistas, patriarcalistas, pueden modificar los ritmos del avance y bienestar económico. Apresurarán la reforma de nuestras organizaciones sociales y, en general, de casi todas las instituciones, donde se manifiesta malestar por la ausencia de un abierto y constante manejo democrático, por la falta de acceso a la información y a la rendición de cuentas.

Estoy imaginando que las mejores prácticas comunitarias contenidas en el discurso legitimador del presente cambio estatal y su proyección hacia un nuevo orden social, empiecen a ser ejercitadas desde las cúpulas políticas, sociales e intelectuales del proceso, en un ejercicio de coherencia, modestia y eficacia revolucionaria. Todo lo que ha pasado hasta ahora permite prever que los pueblos, las comunidades, las personas, los ciudadanos, responderán con un entusiasmo gigantesco a ese nuevo amanecer que presagia la nueva actitud de los que tienen algún tipo de responsabilidad política o dirigencial.

Aún en medio de esas condiciones tan favorables y aparentemente distantes, es posible que persista el capitalismo y su forma estatal, pero si llegamos a este punto es verdaderamente inminente que nuestra sociedad se encamine a autogobernarse concientemente, que es la señal más segura de que habremos comenzado a construir una civilización distinta al capitalismo.